

—¿De modo que aun vive?—exclamó Dionisia.

El joven sacerdote llamó aparte al cura para explicarle la peligrosa situación en que ponía á la religión la impiedad de su feligrés, y lo que el obispo esperaba de sus servicios.

—Monseñor exige mi muerte,—respondió el cura.—He resistido y me he negado á los deseos de esa familia de que asistiese á ese desgraciado muchacho. Esta conferencia y el espectáculo que me esperaba, acabarían con mi vida. A cada uno su obra. La debilidad de mis órganos, ó más bien la excesiva sensibilidad de mi organización nerviosa, me prohíbe ejercer esas funciones de nuestro ministerio. He quedado reducido á simple cura de aldea para ser útil á mis semejantes en la esfera en que me es posible llenar mis deberes de sacerdote. Me he consultado para dar gusto á esa virtuosa familia y para cumplir mis deberes de pastor con ese muchacho; pero con el solo pensamiento de subir con él al carro de los criminales, con la sola idea de presenciar los fatales preparativos, siento correr por mis venas un frío de muerte. Nadie se atrevería á exigir semejante sacrificio á un padre, y ha de tener usted en cuenta, señor, que el reo ha nacido en el seno de mi pobre iglesia.

—¿De modo, que se niega usted á obedecer á monseñor?—dijo el abate Gabriel.

—Monseñor ignora el estado de mi salud, y no sabe que mi naturaleza no resiste esos trances...—dijo el señor Bonnet mirando al joven sacerdote.

—Hay momentos en que, como Belzunce en Marsella, tenemos que afrontar una muerte segura,—le replicó el abate Gabriel interrumpiéndole.

En este momento el cura sintió que una mano le tiraba de la sotana, oyó llanto, se volvió, y vió á toda una familia arrodillada. Viejos y jóvenes, pequeños y grandes, hombres y mujeres, todos tendían sus brazos suplicantes. Cuando volvió su ardiente rostro no oyó más que un grito unánime:

—¡Salve usted al menos su alma!

La anciana abuela le había tirado del faldón de la sotana y la había mojado con sus lágrimas.

—Obedeceré, señor.

Temblaban tanto sus piernas, que después de pronun-

ciar estas dos palabras, el cura se vió obligado á sentarse. El joven secretario explicaba el estado frenético en que se encontraba Juan Francisco.

—¿Cree usted que la presencia de su hermana podrá hacerle cambiar?—dijo el abate Gabriel.

—Ciertamente que sí,—respondió el cura.—Dionisia, usted me acompañará.

—Y yo también,—dijo la madre.

—¡No!—exclamó el padre.—Ya sabéis que ese hijo no existe ya para nosotros. Ninguno de nosotros volverá á verle.

—No se oponga usted á su salvación, pues sería usted responsable de su alma si nos negase los medios para lograr su arrepentimiento,—dijo el cura Rastignac.—En este momento su muerte puede ser más perjudicial que lo que ha sido su vida.

—Irà,—dijo el padre.—Ese será su castigo por haberse opuesto á los correctivos que yo quería aplicar á su hijo.

El abate Gabriel y el señor Bonnet se volvieron al presbiterio, sitio en que Dionisia y su madre debían unirseles en el momento de la marcha de los dos eclesiásticos para Limoges. Marchando á lo largo de aquel sendero que seguía los contornos del alto Montegnac, el joven secretario pudo examinar menos superficialmente que en la iglesia al cura que tanto había alabado el vicario general, y muy pronto quedó impresionado en su favor por sus maneras sencillas y llenas de dignidad, por su voz llena de magia, y por sus palabras en armonía con su voz. Desde que el prelado había tomado por secretario á Gabriel de Rastignac, el cura no había estado más que una sola vez en el obispado; apenas había entrevisto á aquel favorito destinado al episcopado, aunque ya conocía su influencia; no obstante se condujo con él de una manera digna, demostrando de este modo la soberana independencia que la Iglesia concede á los curas en su parroquia. Los sentimientos del joven sacerdote, lejos de animar su rostro, imprimían en él un aire severo; permaneció, pues, más que frío, helado. Un hombre capaz de cambiar la moral de una población tenía que estar dotado de algún espíritu de observación, y ser más ó menos fisonomista; aun cuando el

cura no hubiese poseído más que la ciencia del bien, acababa de probar que estaba dotado de extremada sensibilidad; llamó, pues, extraordinariamente su atención, la frialdad con que el secretario del obispo acogía sus dichos y sus amenidades. Obligado á atribuir aquel desdén á algún secreto disgusto, buscaba en sí mismo el cómo había podido herirle y el por qué su conducta podía ser reprochable á los ojos de sus superiores. Hubo un momento de enfadoso silencio que el abate Rastignac rompió con una interrogación llena de orgullo aristocrático.

—Señor cura, ¿cómo tenéis una iglesia tan pobre?

—Es demasiado pequeña,—respondió el señor Bonnet.

—En las grandes fiestas ponen bancos los ancianos bajo el pórtico, y los jóvenes permanecen de pie en la plaza formando un círculo; pero reina tal silencio, que los de afuera oyen perfectamente mi voz.

Gabriel guardó silencio durante algunos instantes, y después le preguntó:

—Si los habitantes son tan religiosos, ¿cómo tiene usted la iglesia en semejante estado de desnudez?

—¡Ay de mí, señor! no tengo valor para gastar en ella las sumas que sirven para socorrer á los pobres. Los pobres son la iglesia. Por otra parte, no temería la visita de monseñor en un día de Corpus. Los pobres prestan entonces á la iglesia todo lo que poseen. ¿No ha visto usted los clavos que hay en la pared de trecho en trecho? pues sirven para sostener un alambre en donde las mujeres depositan ramilletes. La iglesia queda entonces revestida por completo de flores, que se conservan frescas hasta la noche. Mi pobre iglesia, que tan desnuda le parece, está adornada como una recién casada; despide perfumes, y el suelo está tapizado de hojas, en medio de las cuales se deja un camino de rosas deshojadas para que pase por él el Santo Sacramento. Este día no envidio ni las pompas de San Pedro en Roma. El santo padre tiene oro, y yo tengo mis flores; cada uno ha de estar en su esfera. ¡Ah! señor, la aldea de Montagnac es pobre, pero católica. En otra época se robaba á los transeuntes, pero hoy el viajero puede dejar en el camino un saco lleno de oro con la completa seguridad de que lo encontraría en mi casa.

—Semejante resultado le honra á usted,—dijo Gabriel.

—No se trata de mí, sino de la palabra de Dios, del pan sagrado,—respondió el cura enrojeciendo cuando oyó aquel intencionado epigrama.

—Pan que será un poco moreno,—respondió sonriendo el abate Gabriel.

—El pan blanco sólo conviene á los estómagos de los ricos,—respondió modestamente el cura.

El joven sacerdote tomó entonces las manos del señor Bonnet y se las estrechó cordialmente.

—Perdóneme usted, señor cura,—le dijo reconciliándose con él de repente, y dirigiéndole una mirada con sus ojos azules que llegó hasta el fondo del alma del cura.—Monseñor me ha encargado que pusiese á prueba su modestia y su paciencia; pero no necesito seguir adelante, pues ya veo las calumnias que originan los elogios que de usted hacen los liberales.

El almuerzo estaba dispuesto: huevos frescos, manteca, miel y frutas, crema y café, servido por Úrsula en medio de ramilletes de flores, sobre un mantel blanco y una mesa antigua, en aquel viejo comedor. La ventana que daba á la terraza estaba abierta. Una pasionaria cargada de flores blancas adornaba el marco de la ventana. Un jazmín brotaba en un sitio, y á su lado un rosal. En la parte superior, los pámpanos de una parra, rojos ya, formaban una hermosa orla colocada con tanta gracia como hubiera podido imaginárselo el escultor más artístico.

—Encuentra usted aquí la vida reducida á su más triste expresión,—dijo el cura sin abandonar el aire que le imprimía la tristeza que llenaba su corazón.—Si hubiésemos sabido su llegada (¿quién hubiese previsto su motivo?), Úrsula se hubiese procurado algunas truchas de la montaña, pues hay aquí un torrente en medio del bosque que las da excelentes. ¡Pero olvido que estamos en agosto y que el Gabou está seco! Estoy trastornado.

—¿Está usted contento en el país?—le preguntó el abate Gabriel.

—Sí, señor. Si Dios me lo permite, moriré cura de Montagnac. Hubiese querido que mi ejemplo fuese seguido por hombres distinguidos que han creído obrar

mejor haciéndose filántropos. La filantropía moderna es la desgracia de las sociedades. Los principios de la religión católica son los únicos que pueden curar las enfermedades que minan á la masa social. En lugar de describir la enfermedad y extender sus estragos por medio de elegiacos lamentos, debían todos poner manos á la obra y trabajar como simples obreros en la viña del Señor. Mi obra está muy lejos de haberse acabado con esto; no basta moralizar á la gente que he encontrado en un espantoso estado de impiedad, sino que quiero morir en medio de una generación completamente convencida.

—No ha hecho usted más que cumplir con su deber, — dijo aún con sequedad el joven sintiendo que los celos mordían su corazón.

—Sí, señor,—respondió modestamente el sacerdote después de haberle dirigido una mirada como para preguntarle: ¿Es esto una prueba más?

—Anhele á todas horas,—añadió,—que todo el mundo aporte su piedra á la obra del Señor.

Esta frase de profunda significación fué dicha con un acento que probaba que en 1829, este sacerdote, tan grande por su pensamiento como por la humildad de su conducta y que subordinaba su pensamiento á la luz de sus superiores, veía claro en los destinos de la monarquía de la Iglesia.

Cuando las dos desoladas mujeres llegaron, el joven abate, muy impaciente por volver á Limoges, las dejó en el presbiterio y fué á ver si los caballos estaban preparados. Algunos instantes después volvió para anunciar que todo estaba dispuesto para la marcha. Los cuatro partieron despedidos por la población entera de Montegnae, agrupada en la carretera delante de la casa de la posta. Los dos sacerdotes, viendo escollos en muchos de los asuntos que podían ser objeto de su conversación, no podían ni permanecer indiferentes ni mostrarse francos y espontáneos. Buscando en su interior algún terreno neutro para la conversación, atravesaron la llanura, cuyo aspecto influyó en la duración de su melancólico silencio.

—¿Qué razones le impulsaron á abrazar la carrera eclesiástica?—preguntó de pronto al cura Bonnet el

abate Gabriel, llevado de una curiosidad que se apoderó de él cuando el coche desembocó en la carretera.

—Nunca consideré como carrera el sacerdocio,—respondió sencillamente el abate.—No puedo comprender que se llegue á ser sacerdote á no ser impulsado por la indefinible fuerza de la vocación. Sé que muchos hombres han pasado á ser obreros de la viña del Señor después de haber gastado su corazón en el servicio de las pasiones: los unos han amado sin esperanza, los otros han sido traicionados; éstos han perdido la flor de su vida enterrando ya una esposa querida ó ya una novia adorada; aquéllos están disgustados de la vida social en una época en que el escepticismo impera sobre todas las cosas y hasta sobre todos los sentimientos, y en que la duda se burla de las más gratas certidumbres dándoles el nombre de creencias. Los hay que abandonan la política en una época en que el poder parece ser una expiación cuando el gobernado considera la obediencia como una fatalidad. Muchos abandonan una sociedad sin ideales en donde los contrarios se unen para destronar al bien. Yo no puedo suponer que nadie se entregue á Dios llevado de pensamientos interesados. Algunos hombres podrán ver en el sacerdocio un medio de regenerar nuestra patria; pero, según mis débiles luces, el sacerdote patriota es un contrasentido. El sacerdote no debe pertenecer nada más que á Dios. Yo no he querido ofrecer á nuestro Padre, á pesar de que lo acepta todo, los despojos de mi corazón y los restos de mi voluntad, y por eso me he entregado á él por entero. En una de esas conmovedoras teorías de las religiones paganas, la víctima destinada á los dioses iba al templo coronada de flores. Esta costumbre me ha enternecido siempre. Un sacrificio no es nada sin la gracia. Mi vida es, pues, sencilla y no encierra nada fantástico ni novelesco. Sin embargo, si quiere usted escucharme una completa confesión, se lo diré todo. Mi familia es, más bien que acomodada, rica. Mi padre, que sólo á él debe su fortuna, es un hombre duro, inflexible; no obstante trata á su mujer y á sus hijos como se trata á sí mismo. Yo no he sorprendido nunca en sus labios la menor sonrisa. Su mano de hierro, su rostro de bronce, su actividad brusca y sombría á la par, nos

comprimia á todos, mujer, hijos, dependientes y criados, con un despotismo salvaje. Refiriéndome á mí únicamente, yo hubiese podido acomodarme á aquella vida si este poder hubiese producido una compresión igual; pero, caprichoso y vacilante, ofrecía alternativas intolerables. Ignorábamos siempre si obrábamos bien ó mal, y la horrible situación que resultaba de aquí es insoportable en la vida doméstica. En estos casos resulta preferible vivir en la calle que en su casa. Si yo hubiese sido el único en la casa, aun hubiese aguantado á mi padre sin murmurar; pero mi corazón estaba desgarrado por los lacerados dolores que no dejaban descanso á una madre ardientemente amada, cuyos lloros sorprendía, causándome accesos de rabia que me hacían perder la razón. El tiempo de mi permanencia en el colegio, en donde los niños son víctimas de tantas miserias y trabajos, fué para mí una edad de oro. Temía los días de salida. Mi madre se consideraba, igualmente feliz en venir á verme. Cuando acabé mis estudios, cuando tuve que volver al hogar paterno á ser dependiente de mi padre, sólo pude permanecer allí algunos meses: mi razón, trastornada por la fuerza de la adolescencia, podía sucumbir. Una triste tarde de otoño, paseándome solo con mi madre á lo largo del paseo Bourdon, que era entonces uno de los lugares más tristes de París, descargué mi corazón en el suyo, y le dije que no veía vida posible para mí á no ser en la Iglesia. Mis gustos, mis ideas, hasta mis amores, habían de ser contrariados mientras viviese mi padre. Bajo la sotana del sacerdote se vería obligado á respetarme y podría llegar á ser, de ese modo, el protector de mi familia en ciertas ocasiones. Mi madre lloró mucho. En este momento, mi hermano mayor, que llegó después á ser general, y que murió en Leipsick, sentaba plaza como simple soldado y salía del hogar paterno por las mismas razones que decidían mi vocación. Indiqué á mi madre como medio de salvación para ella, que escogiese un yerno lleno de carácter, que casase á mi hermana tan pronto como tuviese edad para ello, y que después buscase apoyo en esta nueva familia. Con objeto de librarme del servicio de las armas sin costar nada á mi padre, le declaré mi vocación y

entré en el seminario de San Sulpicio en 1807, á la edad de diez y nueve años. En aquellas antiguas y célebres habitaciones encontré la paz y la dicha, que fueron turbadas únicamente por los presupuestos sufrimientos de mi hermana y mi madre. Sus dolores domésticos debían crecer sin duda, porque, cuando me veían, alentaban mi resolución. Iniciado sin duda por mis penas en los secretos de la caridad, como los ha definido el gran san Pablo en su adorable epístola, quise curar las llagas del pobre en un rincón ignorado de la tierra, y después probar con mi ejemplo, si Dios se dignaba bendecir mis esfuerzos, que la religión católica, aun considerada como obra humana, es la única verdadera y la única buena y hermosa potencia civilizadora. Durante los últimos días de mi diaconado, sin duda me ha iluminado la gracia. He perdonado por completo á mi padre, en quien he visto el instrumento de mi destino. A pesar de una larga y cariñosa carta en que le explicaba estas cosas mostrando el dedo de Dios impreso en todas partes, mi madre vertió muchas lágrimas al ver caer mis cabellos bajo las tijeras de la Iglesia; ella sabía los placeres á que yo renunciaba, pero no conocía las glorias secretas á que aspiraba. ¡Encierra tanta ternura el corazón de las mujeres! Cuando pertenezco á Dios, experimenté una calma sin límites, y ya no sentía las necesidades ni las vanidades, ni el afán de riquezas que tanto inquietan á los hombres. Pensaba que la Providencia había de cuidarse de mí como de cosa propia. Entraba en un mundo en que no existe el temor, en que el porvenir es seguro, y en que todo es obra divina, hasta el silencio. Esta quietud es uno de los beneficios de la gracia. Mi madre no concebía que un hombre pudiese casarse con la Iglesia; no obstante, al ver mi frente serena y mi aspecto feliz, se consideró dichosa. Después de haberme ordenado, vine á Limosín á ver á un pariente de mi padre que, por casualidad, me habló del estado en que se encontraba el concejo de Montagnac. Un pensamiento emanado de no sé qué luz interior, me dijo: ahí está tu viña. Y aquí me vine. Ya ve, pues, señor, que mi historia es muy sencilla y que carece por completo de interés.

En este momento, alumbrado por los rayos del sol

poniente, apareció Limoges. Al verlo, las dos mujeres no pudieron contener sus lágrimas.

El joven objeto de aquellas dos diferentes ternuras, la de la madre y la hermana, y la del sacerdote, y que excitaba tan ingenuas curiosidades, tantas simpatías imprevistas, y tan vivas solitudes, yacía en un rincón de la prisión, en el cuarto destinado á los condenados á muerte. Un espía le vigilaba á la puerta para sorprenderle las palabras que pudieran escapársele, ya soñando, ó ya en sus accesos de furor, pues la justicia hacía todo lo humanamente posible para llegar á conocer al cómplice de Juan Francisco Tascherón y encontrar las sumas robadas. Los Vanneaulx habían interesado á la policía, y ésta espíaaba aquel silencio absoluto. Cuando el hombre encargado de la custodia moral del prisionero, le miraba por una tronera hecha expresamente, le encontraba siempre en la misma actitud, sepultado en su camisa de fuerza, con la cabeza atada con una venda de cuero, desde que había intentado romper con los dientes su traje y sus ligaduras. Juan Francisco miraba al suelo con ojos fijos, desesperados é inyectados en sangre, y su actitud parecía obedecer á la influencia de terribles pensamientos. Parecía una escultura animada del Prometeo antiguo. El pensamiento de alguna dicha perdida le devoraba el corazón; tanto que cuando el segundo fiscal fué á verle no pudo menos de mostrarse sorprendido al ver la entereza de aquel carácter. Cuando cualquiera entraba en su prisión, Juan Francisco se entregaba á una rabia que traspasaba los límites conocidos por los médicos en esta clase de afecciones. Tan pronto como oía que la llave daba vuelta á la cerradura ó que se corrían los cerrojos de su puerta, una ligera espuma blanqueaba sus labios. Juan Francisco, que contaba á la sazón veinticinco años, era pequeño, pero bien formado. Sus duros y crespos cabellos que cubrían gran parte de su frente anunciaban una gran energía. Sus ojos, de un amarillo claro y luminoso, estaban demasiado próximos al nacimiento de la nariz, defecto que le daba una gran semejanza con las aves de rapiña. Tenía la cara redonda y morena que distingue á los habitantes del centro de Francia. Un rasgo de su fisonomía confirmaba una aserción de Lavater sobre la

gente destinada al asesinato: tenía los dientes de adelante cruzados. No obstante, su rostro presentaba los caracteres de la probidad y de una dulce sencillez de costumbres; por esta razón á nadie hubiese parecido extraordinario que una mujer le hubiese amado con pasión. Su fresca boca, adornada con dientes de una brillante blancura, era graciosa. El rojo de sus labios llamaba la atención por aquel tinte de minio que anuncia una ferocidad contenida, y que encuentra en muchos seres un campo libre para los ardores del placer. Su porte no acusaba ninguna de esas malas costumbres propias de los obreros. Para las mujeres que presenciaron las sesiones del juicio oral era evidente que una mujer había quitado la rudeza á aquellas fibras acostumbradas al trabajo, que había ennoblecido el continente de aquel hombre de los campos, y que había pulido su persona. Las mujeres saben conocer las huellas del amor en un hombre, del mismo modo que los hombres ven si una mujer está ó no acostumbrada al trato amoroso con los hombres.

Aquella noche Juan Francisco oyó el movimiento de los cerrojos, y el ruido de la cerradura; volvió violentamente la cabeza y lanzó el terrible y sordo rugido con que comenzaba su rabia; pero tembló violentamente cuando, á la débil claridad del crepúsculo, vió dibujarse las cabezas amadas de su hermana y de su madre, y detrás de ellas la cara del cura de Montegnac.

—¡Bárbaros! ¿esto era lo que me reservaban!—dijo cerrando los ojos.

Dionisia, muchacha que acababa de salir de la cárcel, desconfiaba allí de todo; el espía se había retirado, pero seguramente no tardaría en volver; en su consecuencia se precipitó sobre su hermano, apoyó su rostro bañado en lágrimas en su hombro, y le dijo al oído:

—Es fácil que nos escuchen.

—Seguramente, pues de no ser así no os hubieran traído,—respondió en alta voz.—Hace algún tiempo que pedí como gracia que no me permitiesen ver á ninguno de mi familia.

—¡Cómo me lo han puesto!—dijo la madre al cura.—¡Pobre hijo mío! ¡pobre hijo mío!

Y cayó al pie de las cuatro tablas que le servían de

cama, escondiendo su cabeza entre la sotana del sacerdote, que se mantuvo de pie á su lado.

—No puedo resignarme á verle atado de ese modo, agarrotado, metido en ese saco...—continuó la madre.

—Si Juan,—dijo el cura,—me promete ser prudente, no atender á su vida y portarse bien mientras estemos con él, obtendré que lo desaten; pero la menor infracción de su promesa caería sobre mí.

—Tengo tanta necesidad de moverme á mi antojo, querido señor Bonnet,—dijo el condenado, cuyos ojos se mojaron de lágrimas,—que le doy mi palabra de no hacer nada malo.

El cura salió, y después de un rato entró con el carcelero á quitarle la camisa de fuerza.

—¿No me matará usted estanoche?—le dijo el carcelero.

Juan no respondió nada.

—¡Pobre hermano!—dijo Dionisia entregándole un cestito que había sido cuidadosamente inspeccionado, —aquí tienes algunas de las cosas que más te gustan, pues supongo que aquí debes comer muy mal.

Y acto continuo le enseñó unas frutas, cogidas tan pronto como supo que podía entrar en la cárcel, y un bollo que su madre se había apresurado á hacer. Esta atención, que le recordaba los tiempos de su juventud, la voz, los gestos de su hermana, la presencia de su madre, la del cura, todo determinó en Juan una reacción: se fundió en lágrimas.

—¡Ah! Dionisia,—dijo,—hace seis meses que no he hecho una comida. Me he limitado á comer impulsado únicamente por el hambre.

La madre y la hija salieron, fueron y vinieron. Animadas por ese espíritu que mueve á las madres de familia á procurar á los hombres su bienestar, acabaron por servir la cena á su pobre hijo. Pudieron obrar á su gusto, pues había orden de que se las secundase en todo lo que fuese compatible con la seguridad del condenado. Los Vanneaulx habían tenido el triste valor de contribuir al bienestar de aquel en quien estaban cifradas sus esperanzas de recobrar su herencia. Juan tuvo, pues, de este modo un último reflejo de las alegrías de la familia, alegrías entristecidas por el tinte severo que les daban las circunstancias.

—¿Ha sido admitido el recurso de casación?—le preguntó al señor Bonnet.

—¡No, hijo mío! lo único que te queda que hacer es prepararte para un fin digno de un cristiano. Esta vida no es nada comparada con la que te espera; es preciso pensar en la dicha eterna. Puedes empazarte con los hombres entregándoles tu vida, pero Dios no se contenta con tan poca cosa.

—¿Dejar mi vida?... ¡Ah! ¡si supiese usted lo que tengo que dejar aquí!

Dionisia miró á su hermano como para decirle que hasta en las cosas religiosas era necesaria la prudencia.

—No hablemos de esto,—repuso comiendo fruta con una avidez que denotaba un fuego interior de gran intensidad.—¿Cuándo debo...?

—No, no habléis de esto delante de mí,—dijo la madre.

—Pero sabiéndolo estaré más tranquilo,—dijo en voz baja al cura.

—¡Siempre su mismo carácter!—exclamó el señor Bonnet inclinándose sobre él para decirle:—Si esta noche se reconcilia usted con Dios, y su arrepentimiento me permite absolverle, le matarán mañana. Por hoy ya hemos obtenido lo bastante calmándole,—continuó en voz alta.

Al oír estas últimas palabras los labios de Juan palidecieron, sus ojos se contrajeron violentamente en sus órbitas, y su rostro sufrió un estremecimiento que denotaba la lucha que sostenía en su interior.

—¿Cómo estoy tranquilo?—se preguntó.

Felizmente encontró los ojos llenos de lágrimas de su Dionisia, y recobró el imperio sobre sí mismo.

—Pues bien, usted es el único á quien yo podía oír,—dijo al cura.—Ya han sabido bien por donde cogerme. Y dejó caer su cabeza sobre el seno de su madre.

—Escúchale, hijo mío,—dijo la madre llorando,—pues nuestro querido señor Bonnet arriesga su vida comprometiendo á conducirte...—aquí titubeó un momento y dijo:—á la vida eterna.

Después besó la cabeza de Juan y la estrechó contra su corazón durante algunos instantes.

—¿Me acompañará él?—preguntó Juan mirando al cura, cuya cabeza estaba inclinada sobre el pecho.—

Pues bien, le escucharé, haré todo lo que quiera.

—Acuérdate de que me lo prometes, y de que nuestro mayor afán es salvar tu alma,—dijo Dionisia.—Además, ¿quieres que se diga en todo Limoges y en el país, que un Tascherón no ha sabido morir? En fin, piensa en que todo lo que pierdes aquí puedes recobrarlo en el cielo, en donde se vuelven á ver las almas perdonadas.

Este esfuerzo sobrehumano secó la garganta de aquella heroica muchacha. Hizo como su madre, se calló; pero había triunfado. El criminal, que hasta entonces se ponía furioso ante la idea de que la justicia le arrancase su dicha, se estremeció ante la sublime idea católica que tan sencillamente había expresado su hermana. Todas las mujeres, aunque sea una joven aldeana como Dionisia, saben enternecer; ¿no tienden todas á eternizar el amor? Dionisia había tocado dos cuerdas muy sensibles. Una vez despierto el orgullo, llamó á las demás virtudes que estaban heladas por la miseria y heridas por la desesperación. Juan tomó la mano de su hermana, la besó y se la puso sobre el corazón de una manera significativa.

—Vamos,—dijo él por fin,—es preciso renunciar á todo: este es mi último latido, mi último pensamiento, recógelos, Dionisia.

Y le dirigió una de esas miradas con que el hombre procura imprimir su alma en otra alma en las grandes circunstancias.

Aquella palabra y aquel pensamiento eran todo un testamento. Todos aquellos legados que habían de ser tan fielmente transmitidos como fielmente ordenados, la madre, la hermana, Juan y el sacerdote, los comprendieron tan bien, que todos dejaron de mirarse para no mostrar sus lágrimas y para guardar el secreto de sus ideas. Estas pocas palabras eran la agonía de una pastora, el adiós de un alma fraternal á las cosas más hermosas de la tierra bajo la forma de renuncia católica. Por eso el cura, vencido por la majestad de todas las cosas humanas, aunque fuesen criminales, juzgó aquella pasión desconocida por la extensión de la falta, y levantó los ojos para invocar la gracia de Dios. Allí se ponían de relieve los conmovedores consuelos y las infinitas ternuras de la religión católica, tan humana y

tan suave cuando es administrada por la mano que desciende hasta el hombre para explicarle la ley de las esferas superiores, y tan terrible y divina cuando tiende la mano para conducirlo al cielo. Pero Dionisia acababa de indicar misteriosamente al cura el lugar vulnerable de la roca, la hendidura por donde se precipitarían las aguas del arrepentimiento. De repente, llevado de los recuerdos que se agolpaban á su mente, Juan lanzó el grito glacial de la hiena perseguida por los cazadores.

—¡No, no!—exclamó cayendo de rodillas;— quiero vivir. Madre mía, ocupe usted mi puesto; deme sus ropas, y yo sabré evadirme. ¡Gracia! ¡gracia! id á ver al rey, decidle...

Se detuvo, dejó escapar un horrible rugido y se cogió violentamente á la sotana del cura.

—Márchense ustedes,—dijo en voz baja el señor Bonnet á las dos abatidas mujeres.

Juan oyó estas palabras, levantó la cabeza, miró á su madre y á su hermana, y les besó los pies.

—Digámonos adiós, no volváis más: dejadme solo con el señor Bonnet, y no os preocupéis por mí,—les dijo estrechando á su madre y á su hermana en un apretado abrazo, con el que parecía querer entregarles toda su vida.

—¿Cómo no se muere una en estos trances?—dijo Dionisia á su madre cuando salían de la cárcel.

Eran las ocho de la noche próximamente cuando esta separación tuvo lugar. En la puerta de la cárcel las dos mujeres encontraron al abate Rastignac, que les pidió noticias del prisionero.

—Es casi seguro que se reconciliará con Dios,—dijo Dionisia.—Si el arrepentimiento no ha venido aún, está ya muy próximo.

El obispo supo pocos momentos después que el clero triunfaría en aquella ocasión, y que el condenado marcharía al suplicio animado de los sentimientos religiosos más edificantes. El obispo, que estaba acompañado del fiscal, manifestó deseos de ver al cura. El señor Bonnet no fué al palacio episcopal hasta media noche. El abate Gabriel, que hacía frecuentes viajes del palacio á la cárcel, juzgó necesario llevar al cura en el coche del obispo, pues el pobre sacerdote estaba en un

estado de abatimiento que no le permitía servirse de sus piernas. La perspectiva del día próximo y las luchas secretas de que había sido testigo; el espectáculo del completo arrepentimiento que mostró al fin su obstinado y rebelde feligrés cuando le mostró el gran cálculo de la eternidad, todo se había reunido para quebrantar al señor Bonnet, cuya naturaleza nerviosa y eléctrica se ponía fácilmente al unisono con las desgracias ajenas. Las almas que se parecen á esta hermosa alma, se dan tan perfecta cuenta de las impresiones, de las miserias, de las pasiones y de los sufrimientos de aquellos por quienes se interesan, que llegan á sentir sus efectos de una manera horrible, toda vez que pueden medir su extensión, cosa que no pueden hacer las gentes cegadas por los intereses del corazón ó por el paroxismo de los dolores. Desde este punto de vista, un sacerdote como el señor Bonnet es un artista que siente, en lugar de ser un artista que juzga. Cuando el cura se encontró en el salón del obispo, entre los dos vicarios, el abate Rastignac y el señor de Grandville, creyó entrever que esperaban de él algún nuevo servicio.

—Señor cura,—dijo el obispo,—¿ha obtenido usted alguna confesión que pueda ser confiada á la justicia sin faltar á sus deberes?

—Monseñor, para dar la absolución á ese pobre muchacho extraviado, no solamente he procurado que su arrepentimiento fuese tan sincero y completo como la Iglesia pudiera desear, sino que además he exigido la restitución del dinero.

—Esa restitución,—dijo el fiscal,—es lo que me trae á casa de monseñor, y espero que ha de poner en claro las obscuridades del proceso, pues para mí es indudable que existen cómplices.

—Lo que á mí me hace obrar no son los intereses de la justicia humana,—repuso el cura.—Ignoro en dónde y cómo se hará la restitución, pero si estoy seguro de que tendrá lugar. Al llamarme al lado de uno de mis feligreses, monseñor me ha vuelto á colocar en las condiciones absolutas que dan á los curas, dentro del término de su parroquia, los derechos que ejerce monseñor en sus diócesis, salvo el caso de disciplina y obediencia eclesiásticas.

—Bien,—dijo el obispo.—Pero se trata de obtener del condeudo que haga confesiones voluntarias á la justicia.

—Mi misión es conquistar un alma para Dios,—respondió el señor Bonnet.

El señor Grancour se encogió ligeramente de hombros, pero el abate Dutheil dejó caer la cabeza sobre su pecho en señal de aprobación.

—Tascherón desea sin duda salvar á alguien que la restitución ha de dar á conocer,—dijo el fiscal.

—Caballero,—replicó el cura,—no sé absolutamente nada que pueda autorizar ni desmentir su sospecha. Por otra parte, ya sabe usted que el secreto de la confesión es inviolable.

—¿De modo que la restitución tendrá lugar?—preguntó el ministro de la justicia.

—Sí, caballero,—respondió el ministro de Dios.

—Con eso basta,—dijo el fiscal, confiando en que la habilidad de la policía había de descubrirlo todo, como si las pasiones y el interés personal no fuesen más hábiles que todas las policías.

Dos días después, día de mercado, Juan Francisco Tascherón fué condenado al suplicio como lo deseaban las almas piadosas y políticas de la sociedad. Ejemplar de modestia y de piedad, besaba con ardor un crucifijo que le tendía con desfallecida mano el señor Bonnet. Se observó mucho al desgraciado, cuyas miradas fueron espiadas por todos los ojos: ¿las fijaría en alguien ó en alguna casa? Su discreción fué completa é inviolable. Murió como cristiano, arrepentido y absuelto.

El padre cura de Montegnac fué sacado sin conocimiento del pie del patíbulo, á pesar de que no había percibido la fatal máquina.

Durante la noche del día siguiente, á tres leguas de Limoges, en plena carretera y en un lugar desierto, Dionisia, aunque reventada de fatiga y de dolor, suplicó á su padre que la dejase volver á Limoges en compañía de Luis, uno de sus hermanos.

—Pero ¿qué tienes que hacer aún en la ciudad?—le respondió bruscamente el padre arrugando la frente y contrayendo las cejas.

—Padre mío,—le dijo al oído,—no sólo tenemos que

pagar al abogado que le ha defendido, sino que es preciso restituir el dinero que ha ocultado.

—Es muy justo,—dijo aquel hombre honrado metiendo la mano en un saco de cuero que llevaba consigo.

—No, no,—dijo Dionisia,—ya no es vuestro hijo. No son los que le han maldito los que tienen que pagar el abogado, sino los que le han concedido su bendición.

—Os esperaremos en el Havre,—dijo el padre.

Al amanecer, Dionisia y su hermano entraron en la ciudad sin ser vistos. Aunque la policía supo más tarde su llegada, no pudo saber nunca dónde se escondieron. Dionisia y su hermano subieron á eso de las cuatro hacia la parte alta de la ciudad, deslizándose á lo largo de las paredes. La pobre muchacha no se atrevía á levantar los ojos por miedo á encontrarse con miradas que hubiesen visto caer la cabeza de su hermano. Después de haber ido á casa del cura Bonnet, quien, á pesar de su debilidad, consintió en servir de padre y de tutor á Dionisia en esta circunstancia, se fueron á casa del abogado, que vivía en la calle de la Comedia.

—Buenos días, hijos míos,—dijo el abogado saludando al señor Bonnet;—¿en qué puedo seros útil? ¿Quiere usted que me encargue de reclamar el cuerpo de su hermano?

—No, señor,—dijo Dionisia llorando ante aquella idea que no se le había ocurrido;—vengo para pagarle sus servicios, en lo que cabe pagar con dinero una deuda eterna.

—Siéntense ustedes, pues,—dijo el abogado observando entonces que Dionisia y el cura permanecían de pie.

Dionisia se volvió para sacar de su corsé dos billetes de quinientos francos sujetos con un alfiler á su camisa, y se sentó presentándoselos al defensor de su hermano. El cura dirigió al abogado una mirada que bien pronto quedó interrumpida por las lágrimas.

—Guarde usted, guarde usted ese dinero para usted, pobre hija mía,—dijo el abogado;—los ricos no pagarían tan generosamente una causa perdida.

—Señor,—dijo Dionisia,—me es imposible obedecerle.

—¿Acaso el dinero no proviene de usted?—preguntó vivamente el abogado.

—Dispéñeme usted,—respondió ella para mirar si el señor Bonnet no se enfadaría por aquella mentira.

El cura tenía los ojos fijos en el suelo.

—Pues bien,—dijo el abogado guardando un billete de quinientos francos y tendiéndole el otro al cura,—lo repartiré con los pobres. Ahora, Dionisia, cámbieme usted esto, que es mío,—dijo presentándole el otro billete,—por su cordón de terciopelo y su cruz de oro. Suspenderé la cruz en mi chimenea como recuerdo del mejor y más puro corazón de muchacha que sin duda conoceré en mi vida de abogado.

—Se la daré sin vendérsela,—exclamó Dionisia quitándose su crucecita de oro y ofreciéndosela.

—Señor,—dijo el cura,—yo acepto los quinientos francos para que sirvan para la exhumación y transporte del cuerpo de ese muchacho al cementerio de Montegnac. Dios le ha perdonado, sin duda. Juan podrá levantarse con todo mi rebaño el gran día en que los justos y los arrepentidos sean llamados á la diestra de Dios Padre.

—Conforme,—dijo el abogado.

Y tomando la mano de Dionisia la atrajo hacia sí para besarle la frente, aunque este movimiento tenía otro objeto.

—Hija mía,—le dijo en voz baja,—nadie tiene billetes de quinientos francos en Montegnac, y aun son muy raros en Limoges, en donde nadie los toma sin descuento; este dinero le ha sido dado, y no me diga por quién pues yo no se lo pregunto; pero escúcheme: si tenéis algo que hacer en esta ciudad respecto á vuestro pobre hermano, tened cuidado, pues el señor Bonnet, usted y su hermano, están vigilados por espías. Vuestra familia se ha marchado, y eso todo el mundo lo sabe. Cuando os vuelvan á ver aquí, os veréis rodeados cuando menos lo penséis.

—¡Ay de mí!—dijo ella.—Ya nada me queda que hacer aquí.

—Es prudente,—se dijo el abogado cuando la acompañaba hasta la puerta.—Está avisada, y saldrá airosa del paso.

En los últimos días del mes de septiembre, que fueron tan calurosos como los del verano, el obispo dió

una comida á las autoridades de la ciudad. Entre los invitados se encontraban el presidente y el fiscal de la audiencia. Algunas discusiones animaron la velada y la prolongaron hasta una hora indebida. Se jugó al whist y al chaquete, juego á que son muy aficionados los obispos. A eso de las once de la noche el presidente se encontraba en una de las terrazas superiores. Desde el rincón en que él estaba vió una luz en aquella isla que cierta tarde había llamado la atención del abate Gabriel y del obispo; en fin, la isla de Verónica. Aquel resplandor le recordó los inexplicables misterios del crimen cometido por Tascherón. Después, no encontrando razón ninguna para que se hiciese fuego en el Vienne á aquella hora, se le ocurrió de pronto la idea secreta que se le había ocurrido al obispo y á su secretario.

—Hemos sido todos unos grandes estúpidos,—se dijo,—pero ya tenemos á los cómplices.

Volvió á subir al salón, buseó al señor de Grandville, le dijo algunas palabras al oído, y después desaparecieron ambos; pero el abate Rastignac les siguió por cortesía, espío su salida, vió que se dirigían hacia la terraza, y notó el fuego á la orilla de la isla.

—Está perdida,—se dijo.

Los enviados de la justicia llegaron demasiado tarde. Dionisia y Luis, á quienes Juan había enseñado á sumergirse en el agua, estaban á orillas del Vienne en el lugar indicado por Juan. Pero Luis María Tascherón se había sumergido ya cuatro veces y cada una de ellas había extraído del fondo veinte mil francos en oro. La primera suma estaba contenida en un pañuelo de seda atado por las cuatro puntas. Este pañuelo, una vez exprimido para quitarle el agua, había sido arrojado á una gran hoguera de madera seca, encendida de antemano. Dionisia no dejó la hoguera hasta después de haber visto la envoltura completamente consumida. La segunda envoltura era un chal, y la tercera un pañuelo de batista. En el momento en que arrojaba al fuego la cuarta envoltura, los gendarmes acompañados de un comisario de policía, se apoderaron de aquella importante pieza sin que Dionisia manifestase la más mínima emoción. Era un pañuelo que, á pesar de su permanen-

cia en el agua tenía algunas manchas de sangre. Preguntada inmediatamente respecto á lo que iba á hacer allí, Dionisia dijo que, siguiendo las indicaciones de su hermano, había retirado del agua el dinero del robo; el comisario le preguntó por qué quemaba las envolturas, y ella le respondió que no hacía más que cumplir las condiciones impuestas por su hermano. Cuando le preguntaron de qué naturaleza eran aquellas envolturas, respondió atrevidamente y sin mentir.

—Un pañuelo de seda, otro de batista y un chal.

El pañuelo que acababan de coger pertenecía á su hermano.

Aquella pesca y estas circunstancias fueron muy comentadas en la ciudad de Limoges. El chal, sobre todo, confirmó la creencia de que Tascherón había cometido su crimen por amor.

—Aun después de su muerte siguió protegiéndola,—dijo una dama al saber estas últimas revelaciones.

—Es indudable que existe en Limoges un marido que encontrará en su casa un pañuelo de menos, pero se verá obligado á callarse,—dijo sonriéndose el señor de Grandville.

—La pérdida de ropas va á ser tan comprometedora, que hoy mismo voy á hacer inventario de las mías,—dijo sonriéndose la anciana señora Perret.

—¿De quién serían aquellos bonitos pies cuyas marcas quedaron tan bien borradas?—preguntó el señor de Grandville.

—¡Bah! acaso de alguna mujer fea,—respondió uno de los presentes.

—Cara ha pagado su falta,—respondió el abate Grandcour.

—¿Saben ustedes lo que prueba este asunto?—exclamó el fiscal.—Prueba todo lo que las mujeres han perdido con la Revolución, que ha confundido las clases sociales. Semejantes pasiones sólo se encuentran en las mujeres que ven una gran distancia entre ellas y sus queridos.

—Muchas variedades concede usted al amor,—respondió el abate Dutheil.

—¿Qué piensa de esto la señora Graslin?—dijo el prefecto.

—¿Qué queréis que piense? Como me lo había predicho, dió á luz durante la ejecución, y no ha visto á nadie después, pues está gravemente enferma,—dijo el señor de Grandville.

En otro salón de Limoges pasaba una escena casi cómica. Los amigos de los Vanneaulx acababan de felicitarles por la restitución de la herencia.

—Debían haber indultado á ese pobre hombre,—decía la señora Vanneaulx.

—Ha sido el amor y no el interés lo que le ha inducido al crimen, pues no era ni vicioso ni malvado.

—En medio de su crimen, se ha portado *honrosamente*,—dijo el señor Vanneaulx,—*y si yo supiese en dónde está su familia, les mostraría mi agradecimiento*. Son buenas gentes esos pobres Tascherón.

Cuando, después de la larga enfermedad que siguió á su alumbramiento, y que le obligó á permanecer en la cama y en un retiro absoluto, la señora Graslin pudo levantarse hacia fines del año 1829, oyó hablar á su marido de un negocio bastante considerable que quería llevar á cabo. La casa Navarreins pensaba vender el bosque de Montegnac y los dominios incultos que poseía á su alrededor. Graslin no había efectuado aún la cláusula de su contrato de matrimonio, por el cual estaba obligado á colocar el dote de su mujer en tierras; había preferido emplear la suma en negocios de banca, y había duplicado ya el capital. En este estado las cosas, Verónica parecía que tenía recuerdos de Montegnac y rogó á su marido que cumplierse su compromiso adquiriendo aquella tierra para ella. El señor Graslin quiso ver al señor cura Bonnet, á fin de pedirle informes sobre el bosque y las tierras que el duque Navarreins quería vender, previendo la horrible lucha que el príncipe de Polignac preparaba entre el liberalismo y la casa de Borbón, de la cual lucha se hacía él muy malos augurios, pues era uno de los más intrépidos opositores al golpe de Estado. El duque había enviado su secretario á Limoges, encargándole que hiciese la venta por una fuerte suma de dinero contante, pues se acordaba demasiado bien de la revolución de 1789 para no sacar provecho de las lecciones que ésta había dado á toda la aristocracia. Este secre-

tario estaba en tratos hacia ya un mes con Graslin, el hombre más sagaz de todo Limosín, y el único señalado por todos los patricios como capaz de adquirir y pagar al contado una suma considerable. Tan pronto como recibió una carta que le escribió el abate Dutheil, el señor Bonnet se fué á Limoges y se presentó en el palacio Graslin. Verónica quiso rogar al cura que se quedase á comer con ella; pero el banquero no permitió al señor Bonnet que subiese á las habitaciones de su mujer hasta después de haberle tenido en el despacho durante una hora y de haber tomado informes, que le dejaron tan satisfecho, que cerró inmediatamente la compra del bosque y dominios de Montegnac por la suma de quinientos mil francos. Satisfizo el deseo de su mujer estipulando que aquella adquisición y las que le siguiesen tenían por objeto cumplir la cláusula de su contrato de matrimonio, relativa al empleo de la dote. Graslin lo ejecutó con tanta más satisfacción por cuanto que aquel acto de probidad no le costaba entonces ni un céntimo. En el momento en que Graslin llevó á cabo la venta de los dominios de Montegnac, éstos se componían del bosque, que contenía unas treinta mil fanegas inexplorables; de las ruinas del castillo; de las huertas, y de unas quinientas mil fanegas en la llanura inculta que se encuentra delante de Montegnac. Graslin hizo inmediatamente varias adquisiciones para hacerse dueño de la primera cordillera de los montes correzianos, en donde acaba el inmenso bosque llamado de Montegnac. Desde el establecimiento de los impuestos, el duque de Navarreins no había percibido quince mil francos al año por aquel señorío, que en otro tiempo era una de las más ricas dependencias feudales del reino, y cuyas tierras habían escapado, tanto por su infertilidad como por la reconocida imposibilidad de explotarlas, á la venta ordenada por la Convención.

Cuando el cura vió á la mujer de quien tanto había oído hablar, y que se había hecho célebre por su piedad y por su talento, no pudo contener un movimiento de sorpresa. Verónica había llegado entonces á la tercer fase de su vida, á aquella en que debía agrandarse con el ejercicio de las más altas virtudes, y durante la cual fué una mujer completamente diferente. A la Virgen de

Rafael, sepultada á los once años bajo el manto de la viruela, había sucedido la mujer hermosa, noble y apasionada; y de esta mujer, herida por intimas desgracias, salió una santa. Su rostro tenía entonces un tinte amarillento semejante al que colora los rostros de las abadesas, célebres por sus privaciones. Sus tiernas sienas se habían dorado. Sus labios habían palidecido, y ya no se veía en ellos aquel color rojizo de granada entreabierta, sino los fríos tintes de una rosa de bengala. En el vértice de sus ojos, casi en el nacimiento de la nariz, los dolores habían trazado dos puntos nacarados por donde habían corrido muchas lágrimas secretas. Las lágrimas habían borrado las marcas de la viruela y habían gastado la piel. Aquel punto de sus ojos llamaba extraordinariamente la atención, pues aparecía hinchado por la afluencia de sangre que acudía allí como si quisiese alimentar sus llantos. El cerco de sus ojos era lo único que conservaba aquellos tintes terrosos que se habían hecho negros por encima, y azulados por sus párpados atrozmente arrugados. Sus carrillos eran enjutos, y sus arrugas acusaban sus graves meditaciones. La barba, cuyos músculos estaban cubiertos de carne cuando era joven, estaba ahora descarnada con daño de la expresión de su rostro: á la sazón revelaba una implacable severidad religiosa que Verónica ejercía únicamente sobre sí. A los veintinueve años, Verónica, habiéndose tenido que arrancar una inmensa cantidad de cabellos blancos, sólo tenía una cabellera rala y raquítica. Su parto había destruido sus cabellos, que eran uno de sus más hermosos adornos. Su delgadez asustaba. A pesar de las prohibiciones de su médico, se empeñó en amamantar á su hijo. El médico tuvo un gran triunfo en la ciudad, cuando vió que se realizaban todos los cambios que él había pronosticado, en el caso de que Verónica diese el pecho á su hijo.

—He ahí los trastornos que un parto ocasiona á una mujer,—decía el médico.—Es indudable que adora á su hijo, y yo he observado que el cariño de las madres por sus hijos está en razón directa con el precio que les han costado.

Los ajados ojos de Verónica no habían perdido, sin embargo, la única cosa joven que había quedado en su

rostro: el azul oscuro del iris despedía un fuego de un brillo extraordinario, en donde parecía que se había refugiado la vida desertando de aquella máscara inmóvil y fría, aunque animada de piadosa expresión, tan pronto como se trataba del prójimo. De modo que la sorpresa y el espanto del cura cesaron á medida que explicaba á la señora Graslin todo el bien que un propietario podía hacer en Montegnac residiendo allí. Verónica se puso hermosa por un momento, iluminada por los resplandores de un porvenir inesperado.

—Iré allí, y aquellas tierras constituirán mi única propiedad,—le dijo.—Pediré, además, algunas cantidades al señor Graslin, y me asociaré vivamente á vuestra obra religiosa. Montegnac será fertilizado, y encontraremos aguas para regar vuestra inculta llanura. Lo mismo que Moisés, habéis golpeado la roca, y la roca manará lágrimas.

El cura de Montegnac, al ser preguntado por los amigos que tenía en Limoges sobre el concepto que había formado de la señora Graslin, habló de ella como de una santa.

A la mañana siguiente del día en que tuvo lugar la adquisición, Graslin envió un arquitecto á Montegnac. El banquero quiso restaurar el castillo, los jardines, la terraza y el parque; cuidó del bosque, y empleó en esta obra una orgullosa actividad.

Dos años después la señora Graslin sufrió una gran desgracia. En agosto de 1830, Graslin, sorprendido por los desastres del comercio y de la banca, comprometió su fortuna á pesar de su prudencia; no pudo soportar la idea de una quiebra, ni la de la pérdida de una suma de tres millones adquirida en cuarenta años de trabajos; la enfermedad moral que resultó de sus angustias agravó la enfermedad inflamatoria y se vió obligado á guardar cama. Después de su parto, las relaciones de Verónica y de Graslin se habían hecho más íntimas y habían destruido la esperanza de su adorador, el señor de Grandville. Verónica procuró salvar á su esposo, prodigándole los más tiernos cuidados; pero sólo logró prolongar por algunos meses el suplicio de aquel hombre. Este plazo fué, sin embargo, muy útil á Grosse-tete, quien, previendo el fin de su antiguo dependiente,

le pidió los datos necesarios para una pronta liquidación del Haber. Graslin murió en abril de 1831, y la desesperación de su viuda sólo cedió á la resignación cristiana. La primera palabra de Verónica fué para abandonar su propia fortuna á fin de pagar á todos los acreedores; pero la de Graslin sobraba. Dos meses después, la liquidación, que fué llevada á cabo por el señor Grossetete, dejó á Verónica la tierra de Montagnac y seiscientos setenta mil francos, toda su fortuna propia; el nombre de su hijo quedó, pues, sin mancha, y Graslin no dañaba la fortuna de nadie, ni siquiera la de su mujer. Francisco Graslin tuvo aún un centenar de miles de francos. El señor de Grandville, que conocía la grandeza de alma y las cualidades de Verónica, le ofreció su mano; pero con gran sorpresa de todo Limoges, la señora Graslin rechazó al fiscal bajo pretexto de que la Iglesia condenaba las segundas nupcias. Grossetete, hombre de gran sentido práctico y de muy buen ojo, aconsejó á Verónica que colocase su fortuna y la del señor Graslin en papel del Estado, y operó él mismo su colocación, en el mes de julio, en el papel que ofrecía mayores ventajas, ó sea en el de fondos franceses que redituaba el tres por ciento y estaba entonces á sesenta francos. Francisco tuvo, pues, seis mil francos de renta, y su madre unos cuarenta mil. La fortuna de Verónica era aun la más considerable del departamento. Cuando todo estuvo arreglado, la señora Graslin anunció su proyecto de dejar Limoges para ir á vivir á Montagnac, al lado del señor Bonnet. Llamó de nuevo al cura para consultarle sobre la situación de Montagnac, en cuya regeneración quería ayudarle; pero el cura la disuadió generosamente de aquella resolución, probándole que su puesto estaba en el mundo.

—He salido del pueblo, y al pueblo quiero volver,—le respondió ella.

El cura, lleno de amor por su pueblo, se opuso entonces tanto menos á la resolución de la señora Graslin, por cuanto que ella se había impuesto voluntariamente la obligación de no vivir más en Limoges, cediendo el palacio Graslin á Grossetete, quien, para cobrarse las sumas que se le debían, se apropió de él por completo.

El día de su partida, hacia fines de agosto de 1831,

los numerosos amigos de la señora Graslin quisieron acompañarla hasta fuera de la ciudad. Algunos llegaron hasta el punto en que se verificaba el primer relevo de caballos. Verónica iba en una calesa con su madre. El abate Dutheil, que había sido nombrado obispo hacía unos días, iba en la delantera del coche con el anciano Grossetete. Al pasar por la plaza del Aine, Verónica experimentó una violenta sensación; su rostro se contrajo hasta el punto de dejar ver el movimiento de sus músculos; estrechó á su hijo contra sí con un movimiento convulsivo, que procuró ocultar la Sauviat tomando al niño inmediatamente, pues la anciana madre parecía que esperaba la emoción de su hija. La casualidad quiso que la señora Graslin viese la plaza que ocupaba antes la casa de su padre: estrechó vivamente la mano de su madre, y gruesas lágrimas brotaron de sus ojos, rodando á lo largo de sus mejillas. Cuando dejó Limoges, le dirigió una última mirada, y pareció experimentar una sensación de dicha que fué observada por todos sus amigos. Cuando el fiscal, aquel joven de veinticinco años, á quien había rechazado como marido, le besó la mano con viva expresión de pesar, el nuevo obispo observó el extraño movimiento por el cual lo negro de la pupila de los ojos de Verónica invadía á lo azul, que, en esta ocasión, quedó reducido á un pequeño círculo. Los ojos anunciaban evidentemente una violenta revolución interior.

—¡Ya no le veré más!—dijo al oído de su madre, que recibió esta confidencia sin que su cara revelase sentimiento ninguno.

La Sauviat era observada en este momento por Grossetete, que se encontraba delante de ella; pero á pesar de su astucia, el antiguo banquero no pudo comprender el odio que Verónica tenía á aquel magistrado, á quien, no obstante, recibió en su casa. En estas cosas, la gente de Iglesia posee una perspicacia mayor que la de los demás hombres: así es que el obispo asustó á Verónica con su mirada de sacerdote.

—¿No siente usted á ninguno de los que deja en Limoges?—dijo el nuevo obispo á la señora Graslin.

—Vos os marcháis también,—le respondió.—Y á este

otro señor espero verle con frecuencia,—añadió sonriendo á Grossetete, que le decía ya adiós.

El obispo acompañaba á Verónica hasta Montagnac.

—Yo debería recorrer esta carretera vestida de luto,—dijo á su madre al oído, mientras subía á pie la cuesta de San Bernardo.

La anciana de áspero y arrugado rostro se llevó un dedo á los labios, señalando al mismo tiempo al obispo, que miraba al niño con una atención extraordinaria. Este gesto, pero sobre todo la mirada luminosa del prelado, causó á la señora Graslin una especie de estremecimiento. Al ver las vastas llanuras que se extienden como pardos mantos delante de Montagnac, los ojos de Verónica perdieron su brillo y se tornaron melancólicos, y entonces vió al cura que salía á su encuentro, y le hizo subir á su coche.

—He ahí sus dominios, señora,—le dijo el cura Bonnet señalándole la inculca llanura.

CAPÍTULO IV

LA SEÑORA GRASLIN EN MONTEGNAC

Algunos instantes después, la aldea de Montagnac y su colina, cuyos nuevos edificios llamaban la atención, aparecieron dorados por los últimos rayos del sol poiente y respirando aquella poesía debida al contraste que ofrecía aquella hermosa naturaleza, que yacía allí como un oasis en el desierto. Los ojos de la señora Graslin sellenaron de lágrimas cuando el cura le enseñó una gran mancha blanca que se veía en la montaña.

—Ahí tiene usted lo que mis feligreses han hecho para testificar su agradecimiento á su castellana,—dijo enseñándole aquel camino.—Podremos subir en coche hasta el castillo. Este camino ha sido construido sin que le cueste á usted un céntimo. Monseñor comprenderá las muchas penas, cuidados y abnegación que han sido necesarios para llevar á cabo semejante cambio.

—¿Han hecho ellos esto?—preguntó el obispo.

Al pie de la montaña, los viajeros vieron reunidos á todos los habitantes, que disparaban cohetes y tiros; después las dos muchachas más bonitas de la aldea, vestidas de blanco, ofrecieron flores y frutas á la señora Graslin.

—¡Ser recibida de este modo en esta aldea es cosa que me emociona!—exclamó ella agarrándose al brazo del señor Bonnet como si fuese á caer en un precipicio.

La multitud acompañó el coche hasta la reja del castillo, y entonces pudo la señora Graslin contemplarlo por entero, pues sólo había percibido las alturas del mismo. Al verlo quedó asombrada de la magnificencia de su vivienda. La piedra abunda poco en el país, pues el granito que se encuentra en las montañas es sumamente difícil trabajarlo. Por este motivo, el arquitecto comisionado por Graslin para restaurar el castillo había hecho del ladrillo el elemento principal de esta vasta construcción, lo cual contribuyó á que fuese tanto menos costosa, cuanto que del bosque de Montagnac habían sido extraídas la tierra y la madera necesarias. La tablazón y la obra de piedra de todas las construcciones había salido de aquel bosque. A no haber sido por estas economías, Graslin se hubiera arruinado. La mayor parte de los gastos habían consistido en transportes, en explotaciones y en salarios. De este modo el dinero habla quedado en la aldea y la había vivificado. Al primer golpe de vista y de lejos, el castillo parece una enorme masa encarnada, y rayada por hilitos negros producidos por las junturas: las ventanas, las puertas, las cornisas y demás obras de piedra visible del edificio eran de granito tallado en forma de punta de diamante. El patio de entrada, que forma un óvalo inclinado como el del palacio de Versalles, estaba cercado con muros de ladrillo, dividido en cuadros formados por una capa de granito. La parte baja de estos muros estaba cubierta por una espesura que llamaba la atención por la clase de árboles que la formaban, árboles que eran todos de diferente verde. Dos magníficas rejas conducían, la una á una terraza, desde la cual se veía Montagnac, y la otra á las habitaciones y á un cortijo. La gran reja de honer adonde iba á parar la carretera que acababa de ser construída, tenía á uno y otro lado dos bonitos